

y obtener esos pretensivos dictados ó sobrenombres de que van á estar ahora tan ávidos los generales romanos. Al Sud como al Oeste y al Norte de la Italia, no hay nada grande que hacer, á lo menos por mucho tiempo. Así pues el senado aparta la vista de aquí para dirigirla al Oriente, donde hay vastas pero frágiles monarquías é inmensas y mal defendidas riquezas.

Todo el Oriente estaba cubierto de despojos del imperio de Alejandro: en Asia se contaban diez Estados formados á costa de los Seleucidas; en la Tracia, los pueblos habían restablecido á sus príncipes indígenas; Cirene se había separado de Egipto, que vino á ser, sin embargo, un reino floreciente bajo el cetro de los Tolomeos; en fin las ciudades griegas, esparcidas en las costas, se repartían entre estos reyes, ó defendían contra ellos su inútil libertad.

El reinado de los Seleucidas se extiende aún en un espacio inmenso, desde el Indo hasta el mar Egeo; pero en el interior, ninguna fuerza de cohesión, y á lo largo de las fronteras, que no defendían ríos ni montañas, muchos enemigos: al Sud los reyes

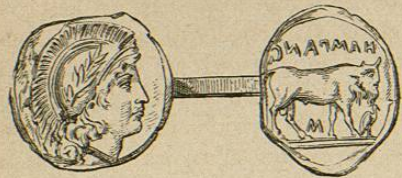
de Egipto; al Norte y al Este los bactrios y los partos, antiguos súbditos rebeldes y tanto más temibles. En el Asia menor, los galatas eran peligrosos vecinos, y si los reyes de Pérgamo sólo disponían de fuerzas insignificantes, la mano de Roma que los sostenía, los hacía respetables.

Dos de estos reyes pergamanos, Atalo y Eumenes, iban á hacer, para Roma, el papel de los etolios en la Grecia, de Masinisa en Africa, de Marsella en la Galia. A pesar de este cerco de enemigos, á pesar de los graves inconvenientes de la situación geográfica del imperio de los Seleucidas, larga y estrecha línea que se podía cortar por cien partes, nada se había hecho para ligar los pueblos á la causa de sus amos. Ultimamente dos sátrapas, Molón y Aqueos, habían podido, el uno separar del imperio las provincias transtigritanas, el otro hacerse independiente en el Asia menor, y los Tolomeos habían conquistado la Siria.

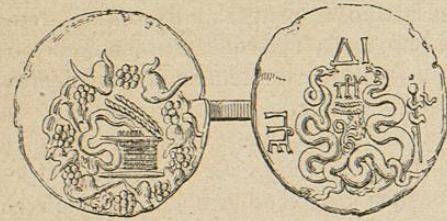
(1) Anverso: cabeza de Minerva con casco laureado; reverso: KAMIANO, en griego retrógrado; un toro con cabeza humana y una cigüeña. Moneda de plata.

(2) Cisto místico, donde se enlaza una serpiente con una corona de pámpanos y hiedra. En el reverso ΠΕΡ, primeras letras del nombre de Pérgamo, ΔΙ, un monograma, dos serpientes y un tirso. Tetradracma cistófora de Pérgamo.

(3) Cabeza de hombre joven. En el reverso ΑΙΤΩΛΩΝ, y las letras ΝΙ, principio de un nombre de magistrado. Joven apoyado en un palo nudoso, con una espada bajo el brazo y el pie sobre una roca. Didracma de los etolios.



Moneda de Campania (1)



Moneda de Pérgamo (2)



Moneda de los etolios (3)

Antíoco III, es verdad, venció á Molón y á Aqueos, rechazó á los egipcios más allá de Pelusio, sometió á Esmirna, espantó á los árabes y trajo de su expedición á la Bactriana y á la India ciento cincuenta elefantes de guerra. Ya amenazaba á la Tracia; se unía á Filipo de Macedonia para compartir la herencia que Tolomeo Filopator, rey de Egipto, había dejado á un niño, y deslumbrado por esta fortuna se hacía llamar Antíoco el Grande.

Pero ¡qué desesperadora flaqueza bajo este esplendor prestado! En Magnesia, sólo costará á los romanos cuatrocientos hombres empujar, como el viento empuja el polvo, el inmenso ejército de Antíoco. Y es que infieles al pensamiento del conquistador, todos sus sucesores permanecieron extranjeros para los pueblos del Asia: el mismo Antíoco injuriaba á sus dioses con frecuentes sacrilegios, sus usos é idiomas, con sus costumbres y lenguaje, la justa ambición de sus caudillos nacionales, con su predilección á los aventureros de raza helénica. La Grecia suministraba entonces mercenarios á todos los ejércitos, ministros, generales y cortesanos á todos los príncipes. No se hubiera encontrado entre los sátrapas de Antíoco un medo ni un persa, ni los indígenas eran llamados al servicio militar, sino en aquellos cuerpos ligeros que engrosaban inútilmente los ejércitos asiáticos. Griegos y descendientes de los macedonios formaban la falange; pero hartos sabidos es cuán pronto se enervan en Oriente los hombres de Europa. Después de todo, la falange, no por haber valido una vez, dejaba de ser en Asia un contrasentido militar.

A todas estas causas de flaqueza ha de añadirse todavía que no podía haber unión entre las dos grandes partes del imperio, el Este y el Oeste. Las conquistas de Alejandro y de Roma habían roto el equilibrio del mundo. En otro tiempo la civilización y el poder estaban en Asia; entonces Babilonia, Ecbatana y Persépolis se encontraban en el centro y dominaban fácilmente desde el Mediterráneo al Indo. Mas luego que la Europa se sustrajo á la barbarie y heredó



Tolomeo V, Epifanes (5)



Moneda de Lépido (6)

á las viejas sociedades orientales, las regiones situadas al Oeste del Eufrates, pobladas de ciudades nuevas, que tenían la lengua, las costumbres y las ideas de la Grecia, entraron en la esfera del movimiento europeo, mientras al Este del Tigris permanecían asiáticas. El Tigris y el Eufrates separaban pues dos civilizaciones, dos mundos. Los Seleucidas quisieron reunirlos y perecieron en la demanda: las provincias orientales volvieron á los partos y luego otra vez á los persas; las occidentales se sometieron al imperio de Roma

(4) De una tetrastatera del Gabinete de Francia.

(5) De una tetradracma del Gabinete de Francia.

(6) En el anverso, cabeza de mujer que representa á Alejandría, y en el reverso Lépido cunendo la diadema á la frente de Tolomeo V; en leyenda, su nombre con las palabras: Tutor regi.

y después al de Constantinopla, y esta separación ha durado hasta nuestros días.

Egipto tenía más unidad y en apariencia más fuerza, á lo menos para defenderse. Con el sepulcro de Alejandro guardaban los Tolomeos algunos de sus pensamientos, y para hacer de Egipto la mayor potencia comercial, le agregaron al Sud los países situados á lo largo del mar Rojo; al Norte Chipre, la Palestina y la Siria, la eterna y legítima ambición de todos los dominadores inteligentes de Egipto; muchas ciudades, en fin, en las costas del Asia menor y de la Tracia, y en las islas del mar Egeo.

Por desgracia, los Tolomeos que permanecieron griegos á orillas del Nilo, como los Seleucidas á orillas del Eufrates, no procuraron apoyarse en el sentimiento nacional: abandonaron las provincias, olvidaron sus viejas capitales, Tebas y Menfis (1), y todo lo que aquel Egipto helenizado tuvo de poder y vida se concentró en Alejandría, ciudad nueva situada casi fuera del país. Desde aquí veían mejor los negocios del Asia y de la Grecia. Preguntaba Alejandro después de cada victoria: «¿Y qué dicen los atenienses?» Sus generales, ya reyes, no podían acostumbrarse á la idea de que la Grecia fuese extranjera para ellos. Había, por otra parte, vencido tan fácilmente al Oriente, que á sus ojos no había fuerza más que en ella, y se cuidaban más de establecer en sus ciudades su influencia ó su poder, que adquirir provincias en otra parte: Arato y Cleómenes habían recibido ambos á dos oro egipcio para contrariar los proyectos de la Macedonia. Ni creyeron tampoco más que en el valor de los soldados griegos, confiaban los Tolomeos sus ejércitos y hasta su vida á mercenarios siempre dispuestos á la traición, como el etolio Teodoro, que vendió la Celesiria á Antíoco III, y el cretense Bolis, que enviado por Tolomeo IV al Asia menor para salvar á Aqueos, lo entregó él mismo al rey de Siria. Todo el Egipto estaba en Alejandría, y Alejandría como sus reyes, estaba á merced de los que Polibio llama macedonios. «Ante el estado de este país añade el mismo escritor, no queda más que decir con Homero: «Recorrer el Egipto, camino largo y difícil.»

La importancia que los Tolomeos daban á sus posesiones de ultramar, sus rivalidades con los reyes de Macedonia y de Siria y acaso el miedo á Cartago, cuya concurrencia comercial era temida en Alejandría, les hicieron entrar desde muy temprano en alianza con Roma. En 273 concluyó Filadelfo con la república un tratado, que aceptaron sus sucesores, y durante la segunda guerra púnica, Tolomeo IV envió trigo á Roma. Y en 201, era tal la intimidad de relaciones establecidas entre los dos gobiernos, que para poner fin á los disturbios del reino, se definió al senado romano la tutela de Tolomeo Epifanes, que apenas tenía diez años. Uno de ellos, Lépido, residió algún tiempo en Alejandría como tutor del rey.

## II. — LA GRECIA

Desde la guerra de Pirro seguía atentamente el senado las revoluciones de la Grecia. Hacía mucho tiempo que este bello país no tenía ya libertad ni fuerza: Atenas, Esparta y Tebas, que alternativamente habían dominado allí, se habían agotado por sostener una fortuna demasiado grande, y su

(1) Sólo ha de tomarse esto en sentido político, porque los Tolomeos levantaron numerosos templos y la población indígena no sufrió la influencia de sus nuevos señores. Así en su *Historia de Egipto* ha podido decir Champollion-Figeac (pág. 401): «En esta región nada era griego, ni la lengua, ni la religión, ni las costumbres, ni las opiniones, ni las preocupaciones. Bajo todos conceptos, Egipto quedó libre de la dominación macedonia.» No era sino más débil.

poder había pasado á pueblos semi-bárbaros. Por su unión con la Macedonia, la Grecia pareció temible, y lo que la democracia, tan fuerte para la resistencia como flaca para el ataque, no había podido hacer, lo hizo la monarquía: el imperio persa, apenas conmovido por Cimón y Agesilao, cayó bajo la mano de Alejandro. Las rivalidades y las guerras de los sucesores devolvieron á las ciudades griegas su independencia, pero no su antigua vitalidad. Durante estos pocos años de obediencia hubieron de perder toda energía y hasta el respeto de su pasada gloria. «Cuando los dioses hacen á un hombre esclavo, decían los antiguos, le quitan la mitad del corazón.» Hubieran podido decirlo de los Estados, lo mismo que de los individuos, porque la servidumbre como un día de verano que seca los ríos pobres, agota las fuentes de la vida en los Estados republicanos. En Queronea lucharon aun heroicamente los atenienses, y algunos años después, hubiera podido Demóstenes repetir á los tebanos, entre las ruinas de su ciudad, sus magnánimas palabras de consuelo: «No, no habéis flaqueado de valor corriendo á la muerte por la salud de la Grecia.» Pero ¿qué habían venido á ser aquellas dos repúblicas bajo la dominación macedónica? La una sólo admiraba al mundo por su servilismo; la otra por su degradación.

Los disturbios de la Macedonia, el abatimiento de las grandes ciudades, la torpeza política de Corinto y Argos dejaban la carrera libre en Grecia. Dos pueblos nuevos aparecieron entonces: los etolios y los aqueos, que hasta entonces habían permanecido ignorados en sus montañas ó en las estériles costas de la Egialea. Con esto, antes de acabar su existencia política, llamaba la Grecia al primer papel á los más oscuros de sus hijos. Pero el esplendor que difundieron en sus últimos días fué pasajero, como su poder. Ahora enemigos, ahora reunidos contra Macedonia, no hicieron más que aumentar el caos en que se perdían los últimos restos del patriotismo.

La Etolia estaba habitada por una raza de hombres en lucha con todos sus vecinos y viviendo sólo del pillaje. Adonde quiera que estallaba la guerra, como las aves de presa atraídas por el olor de la sangre, allí acudían á despojar amigos y enemigos. Y cuando se les hablaba de renunciar á esta costumbre salvaje, contestaban: «Más bien quitaríamos la Etolia de la Etolia que impedir á nuestros guerreros robar los despojos de los despojos.» Era esto peor que el derecho de fractura y ruina, y ellos lo ejercían á lo lejos, hasta el corazón del Peloponeso, de la Tesalia y del Epiro. En 218, su estrategia Dorimaco hubo de entrar á saco y destruir el más famoso templo de la Grecia, después de Delfos, el templo de Dodona, que no se levantó ya nunca de este desastre (2).

La semblanza que hace Polibio de este pueblo no es lisonjera; pero el sabio Polibio era aqueo y del partido de los grandes, es decir, enemigo mortal de los etolios, que se apoyaban en el partido popular. Puede pues creerse, sin calumniarlo, que los pintó en caricatura. Tenían, sin embargo, una cualidad que en aquel tiempo no era común en Grecia: eran bravos, pues se atrevieron á resistir á Macedonia, á Roma, á los galos, y supieron ser poderosos.

La liga etolia, más fuertemente organizada que ninguna otra lo fué en Grecia, subordinaba las ciudades á la asamblea general y por consiguiente, tenía á los confederados unidos por un lazo más estrecho. De aquí resultó para ella grande influencia al exterior, como quiera que su acción era

(2) Dodona estaba al pie del Tomaros, que es, después del Pindo, el monte más alto del bajo Epiro (2,000 metros). (Carapanos: *Dodona y sus ruinas*.) A Carapanos se debe el reciente descubrimiento de estas ruinas.



mas viva, y mejor ejecutados sus designios. Sus confederados eran numerosos: los tenía en el Peloponeso y hasta en las costas de la Tracia y del Asia Menor como Lisimaquia, Calcedonia y Cios. En la Grecia central, tenían las Termópilas, la Lócride, la Fócide y el sur de la Tesalia. Pero esta fuerza en vez de servir á la libertad de la Grecia, se volvió contra ella, porque era imposible que la liga etolia con sus principios de gobierno y sus reglas de conducta, viniera á ser jamás el eje de una confederación general. Lo que Esparta había sido para el Peloponeso, la Etolia lo era para toda la Grecia: una amenaza continua, y para completar la semejanza, el estratega Escopas, como el rey revolucionario de Lacedemonia, Cleómenes, quería abolir las deudas y establecer nuevas leyes favorables á los pobres. Por temor á Esparta, entregó Arato el Peloponeso á los macedonios, y en cuanto Filipo se declaró enemigo de Roma, encontró ésta en los etolios los mas útiles auxiliares. Ellos le abrieron la Grecia central, y su caballería aseguró, acaso en Cinocéfalos la victoria de Flaminio.

Entre los aqueos, las costumbres públicas eran mejores y sus jefes, Arato, Filopémenes, Licortas, el padre de Polibio, quisieron de veras la salud de la Grecia; sino que en vez de buscarla, como Atenas, Esparta y Macedonia, en una dominación violenta, esperaron encontrarla en una confederación, cuyo principio fué el de las antiguas anfictionías helénicas: la igualdad de todos los pueblos asociados. La liga aquea, que aseguraba á cada uno de sus miembros los mismos derechos, que respetaba la individualidad de los pueblos y, sin embargo, los llamaba á obrar en común, parecía que debiera hacer una Grecia unida, fuerte y temible, como nunca lo hubiera sido. En 229, casi todas las ciudades del Peloponeso y una parte de la Grecia central habían entrado en la confederación aquea.

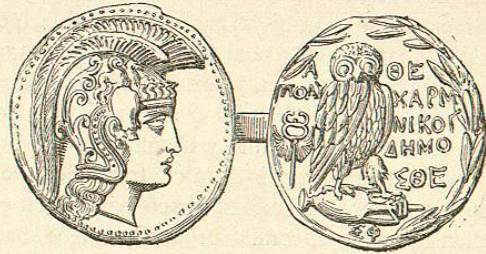
Pero las instituciones solas no pueden salvar á los pueblos. De esta liga solamente se ha visto el cuadro seductor que de su gobierno trazara Polibio, olvidando las rivalidades intestinas y la flaqueza general. Si los espartanos hubieran entrado sinceramente en la liga; si los etolios se hubieran mostrado menos enemigos de ella, y menos celosos los reyes vecinos; en una palabra, si el cuerpo de las naciones helénicas, teniendo por cabeza la Macedonia y armando su brazo con la espada de Maratón y de las Termópilas, se hubiera mantenido dispuesto á defender contra toda invasión el suelo sagrado, sin duda habría sido menester que Roma enviara más de dos legiones á Cinocéfalos. «Veo, decía un diputado de Naupacto ante los griegos reunidos, veo levantarse del Occidente una nube tempestuosa; terminemos pronto nuestras diferencias, no sea que estalle antes sobre nuestras cabezas.»

Pero la unión y la paz eran imposibles entre las tendencias aristocráticas de los aqueos y el espíritu revolucionario de Lacedemonia, entre los pacíficos comerciantes de Corinto y los *klephtes* de la Etolia, entre todas aquellas repúblicas y los ambiciosos reyes de Macedonia. La división se extendía aún en el seno de las ciudades, y tanto más profunda, cuanto que no se disputaba el poder, sino la hacienda, la riqueza. Cada ciudad tenía su partido de los ricos y su partido de los pobres; éstos siempre dispuestos á armarse contra aquéllos, y los que no tenían nada, á lanzarse sobre los que poseían. De aquí los violentos odios de que el senado supo aprovecharse. Continuamente amenazados de una revolución social, los grandes hubieron de convertir sus ojos y sus esperanzas á Roma, y en cuanto aparecieron las legiones hubo en Grecia un partido romano.

Para atraer á aquellos pueblos á una unión fraternal hubiera sido necesario borrar en ellos, ante todo, los recuerdos

de su historia y sus inveterados rencores; hubiera sido también preciso impedir el contacto con aquel Oriente tan rico y corrompido, que quitaba á la Grecia los poetas y sabios que le quedaban, para las escuelas de Alejandría y de Pérgamo, y sus hombres de talento y de valor, para las cortes de los Tolomeos y de los Seleucidas. Estos no tenían un ministro, un general, un gobernador de ciudad que no hubiera venido de la Hélade; de manera que la Grecia daba lo mejor de su sangre y recibía en cambio vicios. «En este país, dice Polibio, las grandes dignidades se compran á poca costa (1). Confiad un talento á los que tienen el manejo de la hacienda pública; tomad diez fianzas, otras tantas promesas y el doble de testigos, y jamás volveréis á ver vuestro dinero.» En otro lugar cita Dicearcos, digno amigo de Escopas, que enviado por Filipo á pillar las Cicladas, á pesar de la fe jurada, elevaba adonde quiera que llegaba dos altares, uno á la Impiedad y otro á la Injusticia.

Esta sed de oro habia producido una depravación moral que ahogaba toda abnegación por los intereses públicos. Así ¡qué indolencia en la mayoría de las ciudades! Atenas,



Moneda de Atenas (2)

la viva é inteligente ciudad, que en otro tiempo tomaba la iniciativa de las más gloriosas resoluciones, rehusa ahora ligar sus destinos á los de la Grecia (3), y por los honores sacrilegos que hace á todos los reyes, *dioses salvadores*, como ella los llama, y á quienes erige altares y ofrece sacrificios, prueba cuán madura y aparejada estaba para la servidumbre. Arato la libra de la guarnición macedonia del Pireo y le devuelve á Salamina sin poder sacarla de su apática indiferencia: no le faltaba más que prohibir por decreto público á sus ciudadanos ocuparse en los negocios generales de la Grecia, como hicieron los beocios, los cuales para que no se les turbara en sus placeres, declararon crimen de Estado el patriotismo.

«Tebas, dice Polibio, murió con Epaminondas. Allí se dejaban los bienes, no á los hijos, sino á los compañeros de mesa, á condición de consumirlos en orgías: de este modo muchos tenían más festines al mes que el mes días. Por espacio de unos veinticinco años permanecieron cerrados los tribunales (4).»

Desde el padre de Alejandro, Corinto no se pertenecía ya. Una guarnición ocupaba sus muros, otra su ciudadela; y Arato tomaba y vendía el Acrocorinto, sin que los ciudada-

(1) IV, 9.

(2) Cabeza de Minerva. En el reverso el comienzo del nombre Atenas, ΑΘΕ, y tres nombres de magistrados. El mochuelo consagrado á la diosa, posado en un vaso; un caduceo y una marca monetaria ΣΦ. Tetradracma de Atenas.

(3) Polib., V, 106. Atenas ha sido siempre como una nao en que nadie manda; después de haber librado bien de las más furiosas tormentas, viene á estrellarse en la calma contra los más obvios escollos.

(4) Polib., VI, 6, y XX, 6. La *estupidez* y la *glotonería beocia* han venido á ser proverbiales en los pueblos cultos (Aten., X, 11). Sin embargo, Píndaro, Epaminondas y el reciente descubrimiento hecho en la necrópolis de Tanagra, consistente en muy graciosas figurillas, obligan á no aceptar sin prudente reserva el juicio emitido sobre la estupidez beocia.

nos interviniesen siquiera en el acto. Sus arsenales estaban vacíos, pero las estatuas, los elegantes vasos, los palacios de mármol brillaban por todas partes: hacían consistir toda su gloria en que se celebrara su ciudad como la más voluptuosa de toda la Grecia, y su templo de Venus era bastante rico para tener á su servicio más de mil cortesanas.

Después de haber destruído ó esclavizado las demás ciudades de la Argólida, la misma Agos tenía también sus tiranos. Tres veces penetraron los aqueos en la ciudad y combatieron contra los mercenarios. Desde lo alto de sus casas, espectadores indiferentes de una lucha en que se jugaban sus destinos, los habitantes aplaudían los golpes mejor asestados. «No sino parecía, dice Plutarco, que asistían á los juegos nemeos.»

Esparta no era más que una revolución perpetua. En algunos años habían sido asesinados cuatro veces los eforos, y la monarquía pasó á ser absoluta, fué abolida, restablecida,

comprada y puesta en fin en manos de un tirano. Esparta, donde debían reinar la pobreza y la igualdad, había venido á ser la ciudad más rica y la más oligárquica de Grecia. De los nueve mil esparciatas de Licurgo apenas quedaban setecientos, y de ellos seiscientos mendigaban, privados de sus derechos políticos por la pérdida de sus herencias. Las riquezas acumuladas en manos de las mujeres habían engendrado una corrupción desenfadada. Todo se vendía (3): no más que cinco talentos costó á Licurgo comprar á los eforos y la

monarquía. Agis y Cleómenes procuraron, según parece, poner en vigor las leyes de Licurgo y rehacer el pueblo espartano; pero el uno pereció antes de haber hecho nada, y el otro sólo hizo una revolución militar en interés de



Licurgo (4)

Cleómenes (5)

monarquía. Agis y Cleómenes procuraron, según parece, poner en vigor las leyes de Licurgo y rehacer el pueblo espartano; pero el uno pereció antes de haber hecho nada, y el otro sólo hizo una revolución militar en interés de

(1) Cabeza de Minerva. En el campo una cabeza barbuda, índice monetario, que sirve para caracterizar una emisión. Bajo el Pegaso la letra O inicial del nombre mismo de Corinto. Con este signo se marcaban los caballos de buena raza.

(2) Anverso: Juno diademada; reverso: ΑΡΕΙΟΝ; cabeza de vaca adornada de cintas, entre dos delfines. Tetradracma de Argos.

(3) En tiempo de Aristóteles (Polib., II, 6, 11) tenían ya las mujeres los dos quintos de todas las propiedades. Platon (*de Leg.*, I) se contaminó de la depravación moral de Esparta, y acusaba de ello á las mujeres.

(4) Moneda de plata de Esparta representando á su legislador; la cabeza, por supuesto, es convencional.

(5) De una tetradracma de plata atribuida á Cleómenes, rey de Esparta de 236 á 222.

su poder; ni dió á Esparta una apariencia de vida sino haciendo un llamamiento á las pasiones populares. En todo el Peloponeso lo llamaban los pobres, esperando de él la repartición de las tierras y la abolición de las deudas. De aquí el espanto que sobrecogió á Arato y á la liga aquea, cuando vieron á Cleómenes á la cabeza de veinte mil esclavos, deudores y proletarios, amenazar no sólo la independencia de los Estados y sus gobiernos, sino también á la propiedad de cada uno. ¡Qué diferencia entre esta demagogia á la sombra de un tirano y la austera ciudad de Licurgo!

Para sustraerse á este peligro, echáronse los aqueos en brazos del rey de Macedonia; á lo menos con él no perdían más que parte de su independencia.

La batalla de Selasia rompió este poder facticio y Cleómenes fué á llevar á Egipto su movetiza é inquieta ambición, su conocimiento del tiempo y de los hombres; mas pereció llamando á los alejandrinos á la libertad. A su muerte, quedó entregada su patria á las facciones, de donde salió la tiranía de Macánidas, que combatió victoriosamente Filopémenes. Pero Esparta, á pesar de su abatimiento, estaba demasiado orgullosa de su antigua gloria para consentir en perderse en la liga aquea. A Macánidas sucedió Nabis y los espartanos quedaron aliados con los etolios.

¿Hemos de hablar de los pueblos pequeños? Egina ha desaparecido de la escena política (6), y muy pronto servirá de ejemplo para mostrar cómo pasa la grandeza y la gloria; Megara que es un oscuro anejo de la liga beocia ó aquea; los eleenses, como Mesene y una parte de la Arcadia dependen de los etolios. La flaqueza de la Fócide atestigua aún, después de cuatro generaciones, el terrible efecto de las sagradas iras. La Eubea y la Tesalia están sin fuerza; Creta entregada á los desórdenes y á todas las malas pasiones: decaese *cretizar* por mentir (7).

Aun con mejores costumbres y con patriotismo, no se hubieran salvado los griegos; ni aunque hubieran reinado la paz y la unión desde el cabo Tenaro hasta el monte Orbeo, habría dejado Roma de poner la Grecia á sus pies con un poco más de tiempo y esfuerzos.

En los confines de la Europa y el Asia había actividad y riqueza en las ciudades comerciales escalonadas en las orillas del Propóntide, á lo largo de las costas del Asia Menor y en las islas del mar Egeo. Bizancio, la reina del Bósforo, Cique y sobre todo Rodas, habían también establecido con

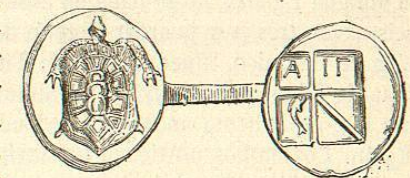
Esmirna, Abidos, Quios, Mitilene y Halicarnaso una especie de liga para su mutua defensa. Pero no se encontraba allí ninguna fuerza verdadera: Roma triunfará fácilmente de estas ciudades, dejándoles lo que constituye su suprema ambición, el comercio con sus provechos, la libertad municipal con sus agitaciones.

Apoyándonos en la autoridad de Montesquieu, nos hemos

(6) Sin embargo, resistió todavía á un general romano, Sulpicio Galba, que vendió á todos sus habitantes (Polib., IX, 42, a).

(7) Creta, dice Polibio, es el único país del mundo en que el lucro, de cualquier manera que sea, pasa por honrado y legítimo. Si miráis á los particulares, hay pocos hombres más trapaceros; y si al Estado, no hay ninguno donde se conciban designios más injustos (VI, 9).

(8) Una tortuga y un cuadrado; en éste un delfín y las primeras letras del nombre Egina (AII).



Moneda de Egina (8)



engañado extrañamente sobre las fuerzas de la Grecia en aquella época. Se han tomado por realidades los supuestos temores de Roma; en los miramientos políticos del senado se ha visto la prueba del poder de Grecia y se han contado sus guerreros por centenares de miles. Ilusión de óptica producida por los grandes nombres de la vieja historia: de lejos barcos de alto bordo; de cerca, palos flotantes. Atenas no puede detener las correrías de los piratas de Calcis, ni las de la guarnición de Corinto. En el año 200, algunos acarnanes entran impunemente en el Atica á fuego y sangre, y dos mil macedonios tienen sitiada la ciudad. Cuando Filipo devasta la Laconia hasta los muros de Esparta, no tiene Ligerio más que dos mil hombres que oponerle. Y el mismo Filipo entra en campaña con cinco mil setecientos soldados en 219, y con siete mil doscientos un año después. El contingente de Argos y de Megalópolis es de quinientos cincuenta hombres, y toda la confederación aquea no logra poner en pie de ejército, durante la guerra de las dos ligas,



Moneda de Esmirna (1)

la más viva de aquella época, sino tres mil quinientos hombres de tropas nacionales. En 219 se separaron tres ciudades de la confederación y para su defensa bastó un ejército de 350 soldados. Los eleenses no tuvieron nunca más que algunos centenares de hombres sobre las armas: en el combate del monte Apelauros eran dos mil trescientos, incluso los mercenarios.

El estado de la marina era más deplorable todavía: los atenienses que montaban doscientos barcos en Salamina, tienen en esta época solamente tres navíos y sin puentes. Nabis no posee más. La liga aquea, que comprende la Argólida, Corinto, Sicion y todas las ciudades marítimas de la antigua Egialea, no se halla en estado de armar más que seis naves, tres para guardar el golfo de Corinto y tres para el golfo Sarónico. Puede verse en Tito Livio la ridícula flota de Filopémenes, cuyo navío almirante era un quatrime que de ochenta años atrás se podría en el puerto de Egipto. Los etolios no tienen un navío, y se recuerda que los piratas ilirios llevaban impunemente sus estragos hasta las Cícladas. Rodas misma, cuyo poderío se ponderaba tanto, después de una grave diferencia con Bizancio, sólo envía tres galeras al Helesponto, y sin embargo, los partidos enemigos en esta guerra eran dos repúblicas célebres, tres reyes, Atalo, Prusias y Aqueos y no sé cuántos jefes galos y tracios.

Esta flaqueza no era accidental. No me atrevo á decir que el espíritu militar estaba muerto en la Grecia; pero de dos siglos antes Grecia carecía de hombres por causas que le eran extrañas y los oficios lucrativos que aquellas hábiles gentes podían ejercer en Oriente les hacía desertar de la causa de la patria. En el momento en que perecía el rey de Esparta Areos, en que los últimos restos de la libertad he-

(1) En el anverso, cabeza torreada de Esmirna; en el reverso ΣΜΥΡΝΑΙ·Ν ΗΡΑΚΛΕΙΔΟΥ (nombre de magistrado) y un monograma; león marchando; todo dentro de una corona de laurel. Tetradracma de Esmirna.

lénica caían bajo la ruda mano de Antígono, Jantipo había llevado en socorro de Cartago sus más bravos lacedemonios. Más tarde, durante la segunda guerra entre los romanos y Filipo, vino Escopas á reclutar seis mil etolios en nombre de Tolomeo y toda la juventud lo hubiera seguido sin la oposición del estratega Damócrito. En tiempo de Alejandro, tenía ya Darío cincuenta mil mercenarios griegos: hemos visto que ellos constituían también la única fuerza de los Tolomeos y de los Seleucidas.

Había pues entre el Oriente y la Grecia un cambio igualmente funesto á los dos países: el uno tomaba los hombres y perdía la confianza y el apoyo de las fuerzas nacionales; la otra recibía oro y con este oro, que arruinaba sus costumbres, compraba á su vez soldados para sus discordias particulares.

He hablado ya del cáncer mortal de los Estados, el *condottierismo* que mató á Cartago y á las repúblicas italianas de la edad media, y que se había extendido por toda la Grecia. La misma Macedonia asalariaba extranjeros: en Selasia, tenía Antígono cinco ó seis mil: en los ejércitos aqueos formaban siempre más de la mitad de sus tropas; ni tenían otros soldados los reyes y tiranos de Esparta.

La riqueza adquirida por malos medios se va de suyo casi siempre como ha venido, y el oro asiático y africano no quedaba en Grecia, porque no existía ya el trabajo. Las ciudades estaban despobladas y miserables: de Megalópolis se decía: «Gran ciudad, gran desierto.» La miseria estaba en todas partes. Toda Mantinea, hombres y cosas, sólo estaba justipreciada en 300 talentos, y Polibio no hubiera dado 6000 por todo el Peloponeso. Dos siglos antes, era el Atica el país más rico de la Grecia: un reciente justiprecio de sus bienes muebles é inmuebles no alcanzaba el total de 5750 talentos, la mitad de lo que Pericles tenía en oro de reserva en el tesoro público antes de la guerra en que se hundió su fortuna. En aquel mismo pueblo que gastaba 1000 talentos en un solo templo, condenado hoy por árbitros á una multa de 500, no había con qué pagarla.

Ya lo vemos: pequeños ejércitos y pequeños negocios: algún ruido para nada; mientras al otro lado del Adriático resonaban los estruendos de la gran lucha de Aníbal y Roma. Todos los recuerdos de otro tiempo son ineficaces para hacer que se crea capaz aun de abnegación y heroísmo á ese pueblo gastado, entregado al espíritu de turbación y de vértigo: es un hecho consumado... la Grecia está muerta.

En ciertas ciudades la justicia estaba suspendida: hubo tribunales que permanecieron cerrados por espacio de veinte años, no por falta de criminales, sino de jueces que no aceptaban las facciones (2); se volvía pues á la barbarie.

Y la familia no andaba mejor que la ciudad: muchos eran los que huían del matrimonio por no cumplir los deberes de la paternidad y rehusaban educar los hijos de sus enlaces pasajeros (3). Ni respetaba ya siquiera aquel pueblo de artistas lo que constituye aun su mayor gloria: las obras de arte. Antes de que los hérulos y los godos vinieran á traer la devastación á Grecia, había ya griegos que incendiaban templos, desgarraban cuadros y derribaban estatuas: un día rompió dos mil en la capital de la Etolia Filipo de Macedonia. «Ese hombre, decían los diputados de Atenas en la asamblea de Naupacto, ese hombre hace una guerra sacrílega á los dioses: incendia los templos, mutila las estatuas y destruye hasta los sepulcros» (4).

(2) Polib., XX, 6.

(3) Ibid., XXXVII, 4.

(4) Para las devastaciones de Filipo en el Atica v. Tito Livio, XXXI, 5, 24, 26, 30. Hacía romper las estatuas aun después de ha-

Los lacedemonios hacían otro tanto en Megalópolis, los etolios en Diium, Prusias en Pérgamo y en Temnos. Y el sabio Polibio, poseído de piadosa indignación ante semejantes furores, exclama á su vez:

«En verdad esos hombres están locos: dirigen sus rogativas á los dioses, les ofrecen víctimas, doblan la rodilla ante sus imágenes, tienen para con ellos supersticiones femeniles, y á pesar de todo esto, destruyen sus templos.»

Había sin duda aun griegos ilustrados y patriotas, y cuando se proponga clara y resueltamente la gran cuestión entre la Grecia y Roma, entre la libertad y la obediencia, encontraremos todavía sentimientos y bríos dignos de un gran pueblo; pero demasiado tarde para salvarlo.

No de la liga aquea podía venir ya la salvación: el momento había pasado; ni de un sistema federativo en que es muy fácil á un agresor introducir la división y la discordia; sino de una estrecha unión con la Macedonia bajo la conducta y dirección de un gran príncipe. Veamos si existía este gran príncipe.

### III.—LA MACEDONIA

Rodeada de mar y de montañas de difícil acceso, habitada por una raza guerrera, afecta á sus reyes y muy orgullosa aún del papel que le habían hecho desempeñar en el mundo, la Macedonia era en verdad un Estado poderoso. Como con Cartago, fué preciso que Roma la acometiera en tres campañas para triunfar de ella. Si Filipo no hubiera poseído más que la Macedonia, su conducta hubiera sido tan sencilla como sus intereses; pero tenía también la Tesalia y la Eubea, Opuncia en Lócride, Elatea y la mayor parte



Moneda de Abidos (1)

de la Fócide, el Acrocórinto y Orcomene de Arcadia; y además guarnición en tres de las Cícladas, Andros, Paros y Citnos, en Tasos y algunas ciudades de las costas de Tracia y de Asia, perteneciéndole una gran parte de la Caria. Estas posesiones lejanas y dispersas multiplicaban los contactos hostiles: sus ciudades de Tracia, Perinto, Sestos y Abidos, que dominaban el paso de Europa al Asia, lo hacían peligroso para Atalo de Pérgamo; sus ciudades de Caria y la isla Iasos, para los rodios; la Eubea para Atenas; la Tesalia y la Fócide, para los etolios, y sus posesiones del Peloponeso para Lacedemonia.

Con mayor consecuencia en sus designios y más prudente empleo de sus fuerzas habría podido dominar en la Grecia, porque tenía las trabas de ella, como decía Antipater; pero siempre hizo la guerra, más bien como jefe de banda que como rey, corriendo en una misma campaña, de la Macedonia á Cefalonia, de esta isla á Termos, de Etolia á Esparta, sin derrotar á ningún enemigo, ni acabar ninguna

berlas derribado. En Termos quemó el templo y derribó 2,000 estatuas (Polib., V, 9; XI, 3). Los etolios, por su parte, destruyeron el antiguo santuario de Dodona, y en Diium el templo y los cuadros de los reyes de Macedonia. Recuérdese el pillaje de Delfos por los focenses.

(1) Busto de Diana. En el reverso ΑΒΨΔΗΝΩΝ ΔΙΟΝΨΙΟΥ; águila y antorcha, todo dentro de una corona de laurel. Tetradracma de Abidos.

empresa. En sus guerras no pasaban sus fuerzas de algunos millares de hombres, y Plutarco habla de las dificultades que encontraba en levantar tropas.

Tampoco podía desguarnecer la Macedonia, porque siempre que se ausentaba de ella, los tracios, los dardanos y los ilirios se lanzaban sobre su reino. Domar á estos bárbaros, derrotar á los etolios, expulsar á los tiranos de Esparta y ganar el resto de la Grecia con la benevolencia, era el papel de Filipo, y no supo desempeñarlo. Si no hizo envenenar á Arato (2), se enajenó á sus aliados con sus excesos y con su perfidia. «Un rey, solía decir, no está obligado ni por su palabra ni por la moral.» Los ojos menos perspicaces veían «aproximarse la tempestad que los etolios atraían del Occidente (3).» Sólo Filipo no veía ni comprendía. Y cuando el senado envió á denunciar las hostilidades estaba guerreando en Asia contra Atalo y los rodios por cuestión de algunas plazas inútiles de la Tracia y de la Caria. Su contestación al diputado M. Emilio Lépidio pinta su ligereza burlona en medio de los más graves negocios. Le perdonaba, decía, la altivez de sus palabras por tres razones: porque era joven inexperto, porque era el más hermoso de los de su edad y porque llevaba un nombre romano.

Encerrado hasta entonces en el Occidente el poder romano, iba ya á penetrar en aquel otro universo de los sucesores de Alejandro. La gloria eterna de Roma, el inmenso beneficio por el cual hizo olvidar tantas guerras injustas, es haber algún tiempo reunido aquellos dos mundos que se encuentran en todas las épocas divididos en intereses y extraños uno á otro; es haber mezclado y confundido la civilización brillante, pero corrompida, del Oriente y la bárbara energía del Occidente. El Mediterráneo vino á ser un lago romano, *mare nostrum*, decían ellos, y la misma vida circuló ya por todas aquellas playas llamadas por la primera y última vez á una existencia común.

En esta obra hubo de invertirse siglo y medio de prudencia y de esfuerzos, porque trabajando Roma para una aristocracia paciente, y no para un hombre, no tenía necesidad de llegar al término de un salto. En vez de levantar repentinamente una de esas colosales monarquías formadas á imagen de la estatua de oro con pies de barro, fundó lentamente un imperio, que no cayó sino al peso de los años y de las hordas del Norte. Después de la victoria de Zama, hubiera podido intentar la conquista del Africa; pero dejó á Cartago y á los nómadas debilitarse mutuamente. Después de Cinocéfalos y Magnesia, la Grecia y el Asia estarán aparejadas para la servidumbre, y Roma les concederá cincuenta años aun de libertad. Y es que conserva aún algunas de sus antiguas virtudes, con el orgullo del nombre romano y la necesidad de la dominación. Los Popilios son más numerosos que los Verres, y prefiere dominar el mundo: después lo entregará al pillaje.

Así, adonde quiera que Roma ve fuerza envía sus legiones: todo poder está quebrantado; los lazos de los Estados y de las ligas se han roto, y cuando llame á sus soldados, no dejará tras ellos más que flaqueza y anarquía. Pero cumplida la misión del ejército, comienza la del senado: después

(2) Polibio lo afirma, pero sobre muy vagos indicios. Véanse, *passim*, los reproches que dirige á Filipo por su conducta en Mesene, en Argos, y el discurso de Aristenes. (Tito Livio, XXXII, 21.)

(3) Discurso de Lisíscos (Polib., IX, 11). A medida que la segunda guerra púnica se acercaba á su desenlace, crecían los temores de la Grecia y la convicción de que ella también iba á entrar en el número de las conquistas romanas (Polib., XI, 6). «Amenazados por Cartago y por Roma, decía un griego, sólo nos libramos de la esclavitud, si Filipo puede mirar como suya toda la Grecia y velar por ella (Polib., V, 104).»